



Queridos amigos:

Antes de que os sentéis a la mesa de vuestro cuarto y metáis de nuevo la nariz entre los folios. Antes de que los ojos quieran comer un esquema tras otro y empacharse sin ganas de apuntes quizá no muy claros. Antes, cerrad los ojos por un momento y mirad lo que no se ve. Dejadme que este mes os salude con una invitación a deteneros y sentir la inmensidad de la vida donde estáis recogidos para que no sucumbáis al momento, importante sí, pero nada más.

Cerrad los ojos y pensad en los cientos de miles de años que le ha costado a la vida formar un cuerpo como el vuestro, que se sostiene en pie con equilibrio, que retiene miles de datos disponibles en cualquier momento con sólo quererlo casi sin esfuerzo, con una mirada que distingue formas y colores, figuras en tres dimensiones (sin ir a un cine 3D), con una sensibilidad capaz de crear sentimientos de emoción ante una canción o el tacto de un amigo, o de tristeza ante una imagen que llega a la retina...

Cientos de miles de años, ahora concentrados en ti, sin que hayas hecho nada para recibir la suma de tanta energía gastada para que seas tú mismo, como eres, con todas las posibilidades que te da tu propia vida. ¿No sientes un escalofrío al pensarlo, si te paras a pensarlo? Todo ese movimiento del mundo para llegar a ti, a tu existencia, a que puedas sonreír, cantar, pensar, soñar, estudiar...

Por otra parte, te asombrarían, si lo piensas, los trabajos de nuestra civilización para lograr que un niño tenga tiempo para jugar, un joven para prepararse en la universidad, un enfermo un hospital donde ir, un parado un subsidio que recibir... Todo, fruto de una civilización entera que llega a nosotros, a ti, como hogar ya construido.

Y sin ir tan lejos, piensa en el ajetreo que supone que puedas hacer lo que cada día haces, lo que está detrás de las bambalinas de tu mundo. Que haya, por ejemplo, agua corriente en tu grifo, electricidad en el interruptor de tu habitación. Piensa en los procesos sufridos por la materia trabajada por tantos y de tantas formas para convertirse en los pantalones o el vestido que tanto te gustan. O en la comida (tan maltratada entre nosotros) que vas a volatilizar en un santiamén y que es fruto de tanto trabajo, no sólo aquí en la cocina, sino en su transporte, en su producción... ¡Cuánta gente, cuántos procesos, cuántos medios!

Párate por unos minutos siguiendo alguno de estos movimientos desde el principio (con detención), o desde lo que tú creas que es el principio y verás lo que hay detrás de tu pequeña vida. ¡Asombroso! Cada uno de nosotros somos como el vértice final de una gran pirámide sostenida por millones de piedras en las que nos apoyamos y que no conocemos ni nos pasan factura.

Porque, ¿quién podría pagar todo esto? Los más profundos místicos, los que saben ver la vida en su núcleo más profundo, han llegado a decir de una forma u otra: todo es gracia, todo es don. Mientras, nuestra cultura nos engaña haciéndonos vivir ensimismados y creyendo que los demás siempre nos deben lo que pedimos. Si nos atreviéramos a pensar despacio, mirando donde no se ve, quizá no fuera difícil ver la sombra de Dios sonriendo graciosamente al contemplar el movimiento de su gracia creadora y movilizadora.

Antes de que vuelvas a tu estudio. Mírate y repite en tu interior unas cuantas veces: gracias, gracias, gracias. Y después sé valiente y no interrumpas el río de la vida estancándolo en ti. Bueno, es hora de estudiar un poco.

Recibe mi saludo y mi oración. Paco.